

permite que cierren los mercados para que muramos de hambre?" Despues se volvió á los enviados mexicanos y les dijo: id á decir á vuestro rey que mande abrir los mercados, ó que de lo contrario nosotros iremos á abrirlos á su costa. Los magnates, bien fuese por el tono y gesto de aquellas amenazas, bien porque entendieron algunas palabras, se retiraron de allí llenos de resentimiento, y al comunicar su mensaje cuidaron de que produjese en el monarca todo su efecto. <sup>1</sup>

Poco tiempo despues soltó Cortés, segun dicen á instigaciones de Moteuczoma, á Cuitlahua, hermano suyo y señor de Iztapalapan, elcual habia sido hecho prisionero, como recordará el lector, por haber sido cómplice en la proyectada insurreccion del señor de Tetzcoco. Se creyó que podria aplacar el tumulto y disponer favorablemente al populacho; pero ya no volvió á la fortaleza. <sup>2</sup> Era audaz y orgulloso, y los ultrajes que le habian inferido los españoles estaban guardados en el fondo de su pecho; además, era el heredero presunto de la corona, pues segun la ley de sucesion de los aztecas, esta se efectuaba mas bien en linea colateral que en línea recta. El pueblo le recibió como á representante de Moteuczoma

<sup>1</sup> Esta escena la refiere Bernal Diaz que estaba presente. (Ibid.) Véase tambien la crónica del capellan de Cortés (cap. 106). Tambien la confirmó D. Thoan Cano, testigo presencial, en su conversacion con Oviedo. (Véase el *Apéndice*, parte II. número 11.)

<sup>2</sup> Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 8.

y le eligió para reemplazarle durante el tiempo que permaneciese aquel prisionero. Cuitlahua aceptó de muy buena gana tan honorífico y peligroso puesto, y como era un guerrero esperto, se dedicó á ordenar las levadas desarregladas que se estaban haciendo y á trazar un plan bien concentrado de operaciones. El efecto de estas medidas se palpó al instante.

Cortés tenia tal confianza de que reprimiria la insurreccion, que así lo escribió al comandante de Villa Rica, en el mismo pliego en que le avisaba de su feliz arribo á la corte; pero no haria media hora que habia partido el correo, cuando volvió lleno de terror y cubierto de heridas. "La ciudad," dijo, "está armada toda: los puentes están levantados y dentro de poco se nos va atacar." Hablaba la verdad: pocos instantes despues se oyó un rumor sordo y terrible como el bramido de las olas embravecidas: crecia mas y mas, hasta que por fin desde el parapeto que circundaba la fortaleza y que dominaba las calles principales por donde se venia á ella, se descubrieron gruesas masas de guerreros que se dirigian en confuso tropel hácia los cuarteles. Al mismo tiempo se cubrieron las azoteas de gente que arrojaba una lluvia de armas arrojadizas. Aquello fué tan repentino que parecia cosa de encantamiento, <sup>1</sup> y tan espantoso que se estremecieron hasta los

<sup>1</sup> "El cual mensajero volvió dende á media hora todo desca-brado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad



mas animosos. Pero la deshecha tormenta en que los españoles fueron envueltos y que duró y creció todo el tiempo de su residencia en la capital, forma el asunto del libro subsecuente.

Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdez, nació en 1478, de una antigua familia de Asturias, aunque no hay familia en aquel último retiro de los intrépidos godos que no pretenda ser antigua. Al principio estuvo empleado en la corte, donde fué page del príncipe Juan el hijo único de los reyes católicos, y en el que cifraban justamente todas las esperanzas de sus padres y de la nación. Oviedo le acompañó en las últimas guerras con los moros y concurrió al memorable sitio de Granada. Ultimamente, despues de la muerte de su señor en 1496, pasó á Italia donde entró al servicio del rey Federico de Nápoles. A la muerte de este príncipe se volvió á su patria, y á principios del siglo XVI fue encargado de guardar las joyas de la corona. En 1503 fué nombrado por Fernando el católico veedor é inspector de las fundiciones de oro de las colonias americanas; por consecuencia de esto partió Oviedo pa-

venian de guerra, y que tenían todas las puentes alzadas; é junto tras él dá sobre nosotros la multitud de gentes por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecían con gente; la cual venia con los mayores alaridos y grita mas espantable que en el mundo se puede pensar." Relac. Seg., en Lorenzana, pág. 134. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

ra la América donde recibió una comision que le confió Pedrarias, gobernador de Panamá, y participó de la suerte desastrosa de esta colonia. Octuvo de la corona algunos privilegios importantes: levantó una fortaleza en la Tierra Firme y entró en comercio con los indios: debiendo presumir que en esto fué afortunado, pues á poco se estableció con su familia en la Española ó Fernandina, como entonces se la llamaba. Aunque habitualmente residia en el Nuevo-Mundo, de vez en cuando hacia sus viages á España; y en 1526 publicó en Madrid un *Sumario*. Esta obra dedicada al emperador Carlos V, contiene una noticia de la geografía, climas, razas y productos tanto animales como vegetales de las Indias Occidentales. El asunto ofrecia grande interés para los hombres pensadores de Europa, y además era casi nuevo hasta entonces. En 1535, en otro viage que hizo Oviedo á España, publicó el primer tomo de la grande obra que tantos años habia empleado en trabajar: la "Historia de las Indias Occidentales." En aquel mismo año le nombró Carlos V, Alcaide de la fortaleza de la Española. En esta isla continuó viviendo activamente ocupado en sus indagaciones históricas y despues se volvió por la última vez á su patria. El antiguo literato fué favorablemente acogido en la corte y nombrado Cronista de las Indias. Ocupó este honroso destino



hasta que murió, lo que acaeció en 1557, en Valladolid á los 79 años de su edad, y precisamente cuando estaba preparando para la prensa el resto de la Historia de las Indias.

Es cosa notable que habiendo tenido un trato tan íntimo con los primeros personajes de aquel tiempo se sepa tan poco acerca de la vida privada y carácter personal de Oviedo. Nicolás Antonio dice de él, 'que era hombre de mucha experiencia, de modales cortesanos y de gran probidad.' Su larga y activa vida es una prueba bastante de su larga experiencia, y no se puede dudar de su buen trato, al saber la alta sociedad en que vivió. Dejó gran acopio de manuscritos relativos á la historia civil y natural; pero el mas importante de todos es su Historia General de las Indias. Está dividida en tres partes y en cincuenta libros: La primera parte que abraza diez y nueve, es la que hemos dicho que fué publicada durante su vida. Trata minuciosamente de las materias que brevemente estaban compiladas en el *Sumario*, y además de una noticia de los descubrimientos y conquistas hechas en las Islas.

El sabio Ramusio con quien Oviedo estaba en correspondencia hizo la traduccion de esta parte de la obra, y la publicó en el tercer volumen de su apreciable coleccion. Las dos últimas partes tratan de la conquista de México, el Perú y algunas otras partes de la América del Sur. Esta porcion de su

obra es la que yo he consultado para formar la mia. El manuscrito fué depositado despues de la muerte de Oviedo en la *Casa de Contratacion de Sevilla* y despues vino á dar á un Monasterio de Domínicos en Monserrate: con el trascurso del tiempo se sacaron varias copias truncas para algunas librerías privadas; y por fin en 1775, D. Francisco Cerda y Rico, empleado en el Consejo de Indias, logró averiguar el paradero del original, y llevado de su zelo literario alcanzó del gobierno el permiso de publicarlo. La obra quedó lista para imprimirse, revisada por el citado literato; y el biógrafo de Oviedo, Alvarez y Baena, nos asegura que iba á publicarse una edicion completa dispuesta con el mayor esmero (Hijos de Madrid. Madrid 1790; tom. II, págs. 354, 363.); pero todavía permanece manuscrita.

Ningun pais ha sido tan fecundo en historiadores como España. Aun las crónicas mismas datan de los siglos XII y XIII. Cada ciudad, cada lugarejo, cada familia por pequeña que sea, puede gloriarse de haber tenido un cronista. Los mas de estos son monjes que en la reclusion del claustro tenian tiempo para dedicarse á labores literarias; y tambien eran no pocas veces hombres que habian tenido parte en los sucesos que describian y mas diestros en el manejo de la espada que en el de la pluma. Los escritos de los de esta última clase están por lo comun en el estilo incorrecto y desaliñado, que prue-



ba que el escritor, imbuido enteramente en los hechos, se cuidaba poco de la forma en que los relataba; mientras que por el contrario las crónicas de los monges están en un estilo pedantesco y henchidas de una rebuscada erudicion que á veces forma el contraste mas ridículo con la pobreza del asunto de la obra. Pero tanto las unas como las otras tienen el mérito de ser animadas y pintorescas, y prueban que el asunto es interesante y que el escritor se poseia de él ardientemente.

Muchos de los defectos de que acabo de hablar se pueden imputar á Oviedo, cuyas obras no están vaciadas en un molde clásico, por lo tocante al estilo: los pensamientos mismos revisten la forma de interminables y fastidiosas sentencias que desesperan al lector; y el hilo de la narracion es frecuentemente interrumpido por episodios impertinentes que á nada conducen. Parece que no era hombre muy literato, lo cual se echa de ver en las importunas citas en latin de que están llenas sus páginas, y que usa siempre que puede; á la manera que un hombre poco galante agota el escaso caudal de sus cumplimientos. Segun parece por el prefacio de su *Sumario*, pretende imitar á Plinio el anciano; pero dista infinito del modelo de erudicion y elocuencia que se propuso seguir.

Con todo y estos defectos, Oviedo tiene ilustrada curiosidad y agudo espíritu de crítica, que le hacen

muy superior al vulgo de los cronistas: aun pudiera decirse que tiene cierta filosofía, bien que algo fria é inmoral siempre que se trata de los derechos de los aborígenas. Era infatigable en acumular materiales para su obra y por esta razon entró en correspondencia y trato con los hombres mas eminentes de la época que habian tomado participacion en los grandes acontecimientos. Llegó tambien á beber aun en impuras fuentes, las tradiciones del vulgo y las noticias de los simples soldados. Esta es la razon por qué su obra ofrece un tejido de pormenores incomprendibles y contradictorios, que dejan el ánimo perplejo y que despues de tanto tiempo hacen muy difícil la averiguacion de la verdad. Acaso por esta razon hizo Las-Casas al autor el cumplimiento de decir que su obra era un fárrago indigesto en que habia tantas mentiras como páginas; pero debe explicarse este juicio excesivamente severo atendiendo al carácter de las dos personas. Oviedo participaba de las ideas inmorales de los conquistadores españoles, y tan solícito y ardiente era en preconizar las hazañas y proezas de sus compatriotas, como remiso y tibio para hacer valer las quejas y pintar los agravios de los indios: era incapaz de experimentar la generosa filantropía de Las-Casas, filantropía que aquel caso calificaria de entusiasmo ridículo, propio de un visionario, de un fanático. Las-Casas por su parte habia alzado su voz cons-



tantemente en defensa de los indios y tenía grande horror á los principios profesados por Oviedo; lo que es natural que le haya hecho aborrecer tambien al que los profesaba. Seguramente no sería fácil encontrar dos hombres mas incapaces de juzgarse mutuamente el uno al otro, que Oviedo y Las-Casas.

Oviedo tuvo el mismo empeño en recoger datos materiales para la historia natural que para la civil: en su jardin hizo una coleccion de las plantas indígenas de las Islas y domesticó á muchos animales naturales de ellas, educando tambien á algunos otros para poder estudiar por sí mismo sus hábitos y propensiones. De esta suerte consiguió, ya que no ser el rival de un Plinio ó de un Hernandez, sí á lo menos reunir muchos hechos del mayor interés é importancia.

Fuera de sus escritos históricos dejó otro al cual dió el extravagante título de *Quincuagenas*; que era una coleccion de supuestos diálogos entre los primeros personajes de España, acerca de su historia personal y la de sus familias, y de su genealogia. Es obra de grande importancia para la Historia de los reinados de Fernando é Isabel, y de Carlos V; pero llamó poco la atención en España, donde aun permanece manuscrita. Una copia de la Historia de las Indias existe en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid, que se sabe está dis-

poniendo actualmente la impresion de aquella. Bien pudieran omitirse las partes de la obra que son literalmente copiadas, como por ejemplo las Cartas de Cortés, que Oviedo trascribió sin escrúpulo ninguno, ya enteras ya truncas á sus páginas, aunque remozadas y desfiguradas por observaciones críticas; pero el resto de la obra ofrece gran copia de noticias variadas que contribuirían mucho á ilustrar la Historia colonial de España.

Una autoridad frecuentemente citada por mí es D. Diego Muñoz de Camargo, noble *mestizo* tlaxcalteca que vivió en la segunda mitad del siglo XVI. Fué educado en la fé católica é instruido desde sus primeros años en la lengua castellana en la que escribió su *Historia de Tlaxcalan*. En esta obra informa al lector de las varias razas de la gran familia Nahuatlaca que ocuparon sucesivamente la mesa central de México. Nacido y criado entre los indios cuando el paganismo todavía no habia sido enteramente desterrado, se encontraba en la mejor posicion para conocer la condicion de los antiguos pobladores y para darnos las mas curiosas y auténticas noticias acerca de lo que eran las instituciones civiles y religiosas de aquellos pueblos, cuando se hizo la conquista. Su patriotismo se inflama siempre que habla de la antigua enemistad entre sus compatriotas y los sztecas; y es curioso observar cómo sobrevivió el odio entre las dos naciones ri-



vales, aun después de sujetas ambas á un yugo común.

La obra de Camargo abraza también una narración de la conquista y de los primeros fundamentos del régimen colonial. Siendo indio debería uno pensar que su crónica adolecía de todas las preocupaciones ó á lo menos de toda la parcialidad propia de un indio; pero no es así, pues convertido al cristianismo muestra tan vivas simpatías hacia los conquistadores como hacia sus compatriotas. El deseo de ensalzar las hazañas de estos últimos y de hacer la debida justicia á las proezas de los blancos, ocasiona á veces los mas raros contrastes y hace que la obra sea muy inconsecuente. En cuanto á la ejecución literaria, tiene poco mérito; demasiado grande sin embargo, si se atiende á la imperfección con que un indio debe haber poseido la lengua castellana en cuyos rudimentos le instruyeron los misioneros. Con todo, en punto á estilo bien pudiera competir su escrito con los de los misioneros mismos.

El manuscrito original se conservó por mucho tiempo en el convento de *San Felipe Neri* en México, donde lo consultó varias veces Torquemada, según resulta de varias referencias que hace á la Historia de Camargo. Había escapado á la atención de los demás historiadores; hasta que Muñoz lo incluyó en su magnífica colección y lo depositó en los archivos de la Real Academia de Historia de Ma-

drid, de donde he sacado la copia que tengo. Lleva el título de *Pedazo de Historia verdadera*; no tiene nombre de autor ni está dividida en libros ó capítulos.